



Portada: La Virgen de Quito
Cuadro: Ramiro Jácome
Foto: Mimo Privitera

ICONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 1. Febrero - abril, 1997

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARO. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

COLABORADORES EN ESTE NUMERO

ALBERTO ACOSTA
SIMON PACHANO
CESAR MONTUFAR
FELIPE BURBANO
MARIA CUVI
ALEXANDRA MARTINEZ
ANA MARIA GOETSCHEL
FERNANDO CARRION
ADRIAN BONILLA
LUCIANO MARTINEZ
EDUARDO KINGMAN
HERNAN IBARRA
CARLOS ARCOS

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: Luis Ochoa LL.
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección:
Av. Ulpiano Páez 118
y Patria
Teléfonos: 542-714,
542-715 y 542-716
Fax: 566-139
E-Mail: info@flacso.ecx.ec

CONTENIDO

EDITORIAL

Las razones de
Iconos **3**

ACTUALIDAD

Democracia a
la medida **7**
SIMON PACHANO

¿Crisis en democracia
o democracia en crisis? **14**
CARLOS ARCOS

Las contradicciones de
la Convertibilidad **20**
CESAR MONTUFAR

MUJERES Y POLITICA

Los códigos ocultos del
poder masculino **34**
MARIA CUVI Y
ALEXANDRA MARTINEZ



Reflexiones a propósito
de "un loco que ama" **43**
FELIPE BURBANO

Sobre machos,
adúlteras y caballeros: **52**
ANA MARIA GOETSCHEL

DIALOGO

'Se acabaron las
formas ventrílocuas
de representación': **60**
ANDRES GUERRERO

FRONTERAS

Límites y horizontes de
la negociación **68**
ADRIAN BONILLA

Colombia:
la violencia sin fin **76**
FERNANDO CARRION



DEBATE

Los años 90 **87**
FERNANDO
BUSTAMANTE

Crítica de una
ciencia crítica **98**
IMELDA VEGA

Globalización y
conocimiento **105**
JAIME MASSARDO

NOVEDADES

Reseñas
bibliográficas **116**
EDUARDO KINGMAN
HERNAN IBARRA
CARLOS ARCOS
LUCIANO MARTINEZ
SIMON PACHANO

NOTICIAS FLACSO

Nuevos programas
docentes **122**

Ciencias Sociales, Universidad y Estado *

LOS CAMBIOS DE LOS 90



Las universidades ecuatorianas han recogido muy débilmente la idea de la universidad como centro de creación-reproducción de conocimientos

*Fernando Bustamante
Sociólogo y Politólogo*

Este artículo tiene por objeto plantear un conjunto de reflexiones de carácter preliminar sobre el estado de las Ciencias Sociales en el Ecuador. Para ello intentaré hacer un análisis del punto en que se encuentra su proceso de desarrollo, centrándome sobre todo en sus formas de inserción institucional, su diálogo y articulación con otras prácticas intelectuales y discursivas y, por último, su relación ante sus públicos más relevantes.

Antes de entrar en materia, quisiera hacer unas pocas afirmaciones previas respecto a la forma como abordaré el tema aquí anunciado. En primer lugar, quisiera dejar en claro que me parece particular-

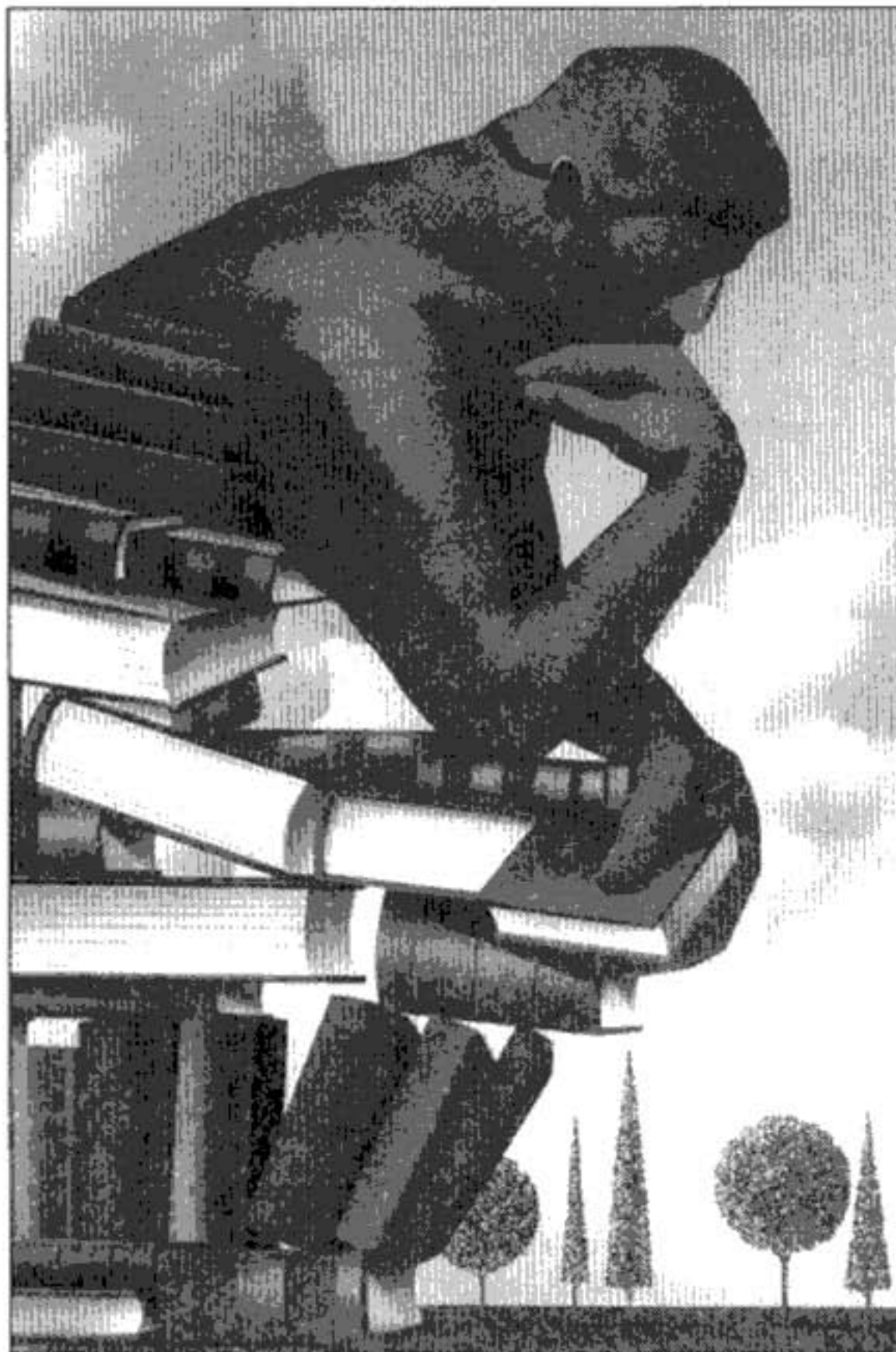
Los artículos que aparecen en esta sección fueron cedidos por ILDIS a ICONOS para su publicación. Los artículos de Fernando Bustamante y Jaime Massardo son versiones editadas de los originales. Los tres artículos fueron presentados en el VIII Encuentro de Historia y Realidad Económica Social del Ecuador y América Latina, realizado en Cuenca entre el 11 y 15 de noviembre de 1996.

mente interesante enfocar el tema de las disciplinas englobadas bajo el término "Ciencias Sociales", desde un paradigma intelectual que las ve como otras tantas "prácticas", el hacer esto hace que el énfasis no sea particularmente normativo, sino que busque orientarse más bien a hacer una descripción un tanto distanciada de lo que hacen los llamados científicos sociales, y a tratar de entender la posible evolución de su quehacer desde una actitud intelectual que intenta aproximarse a una especie de "sociología del conocimiento". Si se quiere, puede interpretarse como un primer intento de mirar a las Ciencias Sociales del Ecuador, con el mismo prisma y perspectiva con que ellas pretenden mirar a aquello que ellas mismas han definido como el objeto de su mirada.

Por lo tanto, al intentar establecer una agenda del desarrollo de estas prácticas me preocupa ante todo evitar alguna forma de dogmática moral de lo que debería ser la Ciencia, y más bien busco preguntarme sobre las posibilidades inherentes a su dinámica y a las condiciones circunstanciales en que se desarrollan, poniendo entre pa-

Las universidades ecuatorianas no responden exactamente al esquema europeo o anglosajón de institucionalización, ni de vinculación academia-sociedad

Podría decirse que cada vez es más fuerte el desfase entre el entorno "real" de las Ciencias Sociales y el entorno imaginado al cual se refieren tanto como objeto de estudio, como de acción y responsabilidad.



réntesis la tentación de precipitarse a una prescripción hecha desde algún punto de vista axiológico extrínseco.

En segundo término, quisiera ver a estas prácticas intelectuales como si fuesen parte y constituyeran ellas mismas un "sentido común". Quiero decir con ello, que las disciplinas científicas, tienen también cotidianeidad y sus rutinas pre-reflexivas, al igual que los distintos ámbitos vitales que configuran la praxis corriente de los actores sociales. Estas rutinas pueden ser una valiosa fuente de información sobre lo que realmente son estas prácticas, más allá de su forma de autoconsciencia ostensible o de su voluntad. El mismo tipo de actitud crítica y fenomenológica se puede tener frente a otras prácticas, a veces con resultados sorprendentes.

Esto tiene por consecuencia el que pueda hacerse abstracción, al menos provisional, de lo que sabemos respecto al rol y función de las Ciencias Sociales en otros contextos, sociedades o redes de significado. Puede ser

en principio, que en nuestro medio, el discurso autojustificador de estas prácticas tenga una relación diferente con su telos interno, que el que la racionalización ex post supone, o que el que se da en otras experiencias históricas.

Por último, parece cada vez más importante el grado de "determinación extra-nacional" que tienen estas prácticas. Los actores disciplinarios, se hallan cada vez más estrechamente vinculados a redes sociales que no tienen como referente central la sociedad o el estado nacionales, y quisiera examinar brevemente, cómo este hecho cambia las maneras de articulación interna de las profesiones y de éstas con el medio inmediato que las rodea. De hecho, podría decirse que cada vez es más fuerte el desfase entre el entorno "real" de las Ciencias Sociales y el entorno imaginado al cual se refieren tanto como objeto de estudio, como de acción y responsabilidad. Justamente quisiera decir unas palabras respecto a las cuestión de quién o quienes son aquellos frente a los cuales los protagonistas de estas disciplinas deben responder, más allá de sus deseos o de sus ilusiones. La cuestión de la responsabilidad nos remite al

tema conexo de qué o quién sirven y deben servir los científicos sociales, sobretudo a partir del quiebre de una serie de imágenes y deseos que al respecto se habían cristalizado entre 1950 y 1980.

Quisiera enfrentar el tema haciendo una especie de inventario de los "locus" de residencia de las Ciencias Sociales en el Ecuador. Determinar esto nos pone en una primera pista sobre las "formas de institucionalización" y las determinaciones que tal inserción pone sobre la práctica de estas disciplinas.

En primer lugar están las Universidades: ubicación clásica de la práctica científica y probablemente también el punto históricamente primordial de su aparición dentro del campo de las prácticas intelectuales socialmente reconocidas. La inserción académica de las Ciencias Sociales es desde todo punto de vista su matriz formadora original, sobretudo por cuanto mundialmente ellas adquieren carta de ciudadanía institucional, bajo el

amparo de la vida universitaria. No es que antes de la cátedra no haya existido Ciencia Social, pero su orientación y forma actual tiene un punto de arranque reconocible en los esfuerzos de sus practicantes para convertirlas en disciplinas a pleno derecho.

En el medio de las universidades en los países de origen de las Ciencias Sociales, esto ha significado ante todo una doble vocación original: como actividad docente, destinada a formar profesionales informados y nuevos docentes e investigadores, y, en segundo término como actividad de investigación, que se ha sentido obligada a adaptar sus cánones, formas de legitimidad y prácticas a los estándares ya establecidos por las ciencias de institucionalización más temprana (Ciencias Naturales e Historia). La matriz universitaria ha implicado una interconexión estrecha y sinérgica, por medio de la cual, la investigación alimentaba de continuo la docencia, y esta a su vez generaba nuevos investigadores. No sería muy aventurado decir que en tal maridaje, la "investigación" tomaba (o debía tomar) el papel de fuerza impulsora y telos último de la "ciencia". Se enseñaba y se enseñaba para formar nuevos recursos humanos y equipos destinados a trabajar en la "acumulación de conocimientos" nuevos. Secundariamente, y en una posterior etapa, apareció la idea del cientista social como un profesional aplicado, del tipo liberal, que debía ser capaz de ofrecer servicios "útiles" a potenciales clientes, a la manera de abogados, ingenieros o arquitectos. Pero esta actividad era (y aún es) tomada como una aplicación secundaria y de prestigio (aunque no necesariamente de rentabilidad) menores. Finalmente, y sobretodo a partir de los sesenta, se dio una cierta tendencia a ver al cientista social como una especie de transformador social, o como un experto en la conducción política, que debía activamente insertarse en las luchas de actores extra-académicos en pos de la realización de intereses que se consideraban éticamente prioritarios a los de un puro saber por el saber. Aunque en muchas partes del mundo, y en los centros más importantes de la actividad académica y profesional tal idea se bate en retirada, después de su auge de hace veinte o treinta años, subsiste bastante de ella, aunque sea bajo formas modificadas, como para que el modelo del cientista "activista" siga siendo pertinente al análisis sociológico de las prácticas profesionales.

Este esquema que acabo de presentar, estaba condicionado fuertemente por la manera misma como las corporaciones universitarias se habían desarrollado y articulado con el resto de la sociedad. En efecto, las Ciencias Sociales son relativamente "recién llegadas" al mundo de las disciplinas académicas. Por tanto, ellas debieron acomodarse dentro de los esquemas ya seculares en que había cristalizado la Universidad y las relaciones de esta con el entorno. Para ello tuvieron, entre otras cosas, que adoptar los formatos culturales, los valores y hasta los rituales preexistentes. La institucionalización académica de las Ciencias Sociales, no es anterior a la última década del siglo pasado, en Europa Continental, y a la primera de este siglo en el mundo anglosajón. Para entonces, ya el sistema universitario había alcanzado un alto grado de cristalización y las formas básicas con que hoy lo reconocemos.

Era de esperar, pues, que al introducirse estas ciencias en el medio universitario ecuatoriano, se vieran, ellas también forzadas a plegarse a las características y las modalidades con que este último se articulaba con la sociedad circundante y a su propio interior.

Y es aquí donde comienza a alterarse la historia: las universidades ecuatorianas no responden exactamente al esquema europeo o anglosajón de institucionalización, ni de vinculación academia-sociedad. Por ello mismo, resultaba difícil esperar que las Ciencias Sociales, pudiesen insertarse de igual manera como lo hicieron en el sistema original.

En primer lugar, la Universidad ecuatoriana y sus relaciones con el entorno ha seguido una historia y un modelo particular. Estas universidades han recogido muy débilmente la idea de la universidad como centro de creación-reproducción de conocimientos, o sea como "locus" privilegiado de la ciencia, que el racionalismo post-revolucionario y el empirismo naturalista legaron a sus contrapartes del "Norte". La universidad ecuatoriana incorporó algunos elementos del modelo napoleónico de la educación superior (al laicismo, el profesionalismo, el utilitarismo, etc. etc.), pero retuvo mucho más que otras la herencia y el legado de la Universidad Escolástica. Este último veía a la educación superior como un espacio de reproducción de un saber que era al mismo tiempo dóxico y trascendental. La relación central

El debate académico mismo nace marcado por la necesidad de discernir polémicamente cuál debe ser la ortodoxia y se convierte a menudo y muy marcadamente en un debate sobre textos y sobre autoridades

Ser "culto" en este sentido, permite a la persona desempeñarse competentemente en la representación de sí mismo como individuo dotado de valor intrínseco

era la docente, porque lo que había que aprender estaba ya listo en los textos y en la experiencia de los profesores. Sin embargo el elemento decisivo aquí, no es ni la maestría adquirida por el practicante que enseña (y por medio de la enseñanza "transmite" su experiencia al estudiante: caso clásico de la formación en artes, i.e. medicina), ni la búsqueda de un saber infinitamente inacabado, sino el logro del dominio de una escritura sagrada, contenida en los textos culturalmente prestigiosos. La hegemonía del estudio del derecho, por ejemplo, y de un derecho ante todo basado en "códigos", más que en la hermenéutica interpretativa del "common law", da a toda la educación un sesgo muy marcado.

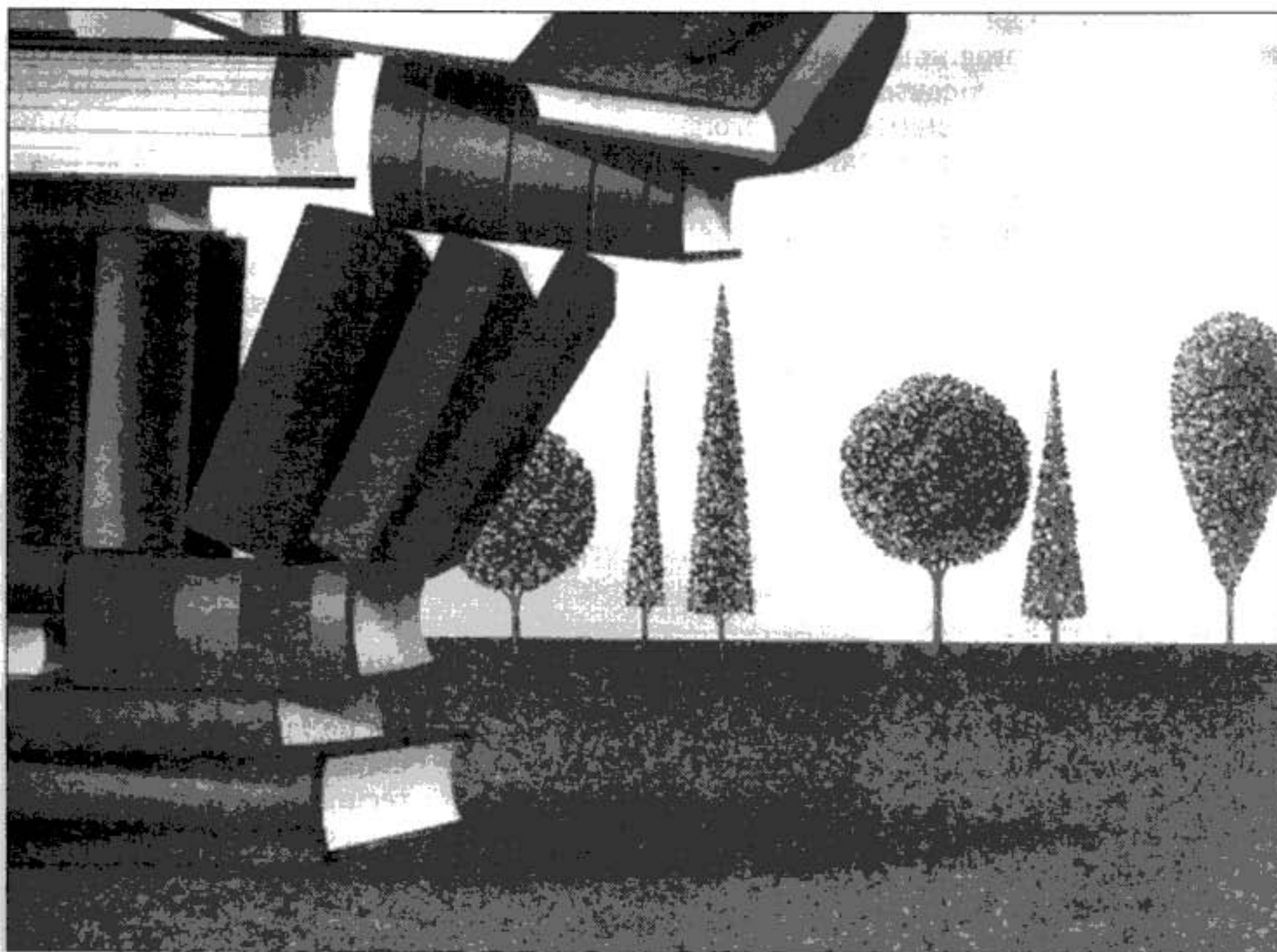
Este no constituyó, ni podía constituir un medio que permitiese fácilmente una incorporación de las Ciencias Sociales como prácticas investigativas, porque ni estudiantes, ni profesores, ni los públicos potencialmente interesados tenían la formación cultural y mental para aceptar el quehacer científico como arte y como búsqueda. La actividad universitaria central era y es aún la transmisión de las doxae. El debate académico mismo nace marcado por la necesidad de discernir polémicamente cual debe ser la ortodoxia y se convierte a menudo y muy marcadamente en un debate sobre textos y sobre autoridades, en disputativo sobre la correcta intelección de una palabra escrita autorizada. Ser académico y, por derivación científica social, es asumido como un trabajo sobre textos y sobre el valor de estos, en la búsqueda esperanzada de poder establecer por medios dialécticos la validez relativa de los distintos candidatos a la consagración como "código" finalmente autorizado.

Al rasgo anterior debe sumarse la persistencia cultural de un cierto sesgo "aristotélico" en la idea que los elementos ilustrados de la sociedad se han hecho de los fines de la educación: esto implica que esta última es vista ante todo como el proceso de formación de un tipo de persona más que como el proceso de capacitación del individuo en ciertas competencias cognitivas. La formación de la persona es la dotación de un cierto capital cultural y simbólico que permite al sujeto pasar a formar parte de un grupo de status, más que de una comunidad de destrezas, o como recurso humano. Este status que la educación superior alimenta, es la de la "persona culta", y representa un tipo de dis-

tinción social que, en cierta forma reemplaza a la que proporciona la educación del caballero. El universitario es también, y con prominencia, el candidato a formar parte del estrato de las personas "cultas", las cuales por serlo pueden ser plenamente aceptadas como integrantes del grupo de quienes merecen respeto, ser tratados con deferencia y tener voz y voto en las decisiones de la vida pública y social.

Ser "culto" en este sentido, permite a la persona desempeñarse competentemente en la representación de sí misma como individuo dotado de valor intrínseco, y puede ser visto de manera ostensible en la insistencia local de las gentes en agregar a su nombre el título profesional o académico al que se han hecho acreedores. Este título aparece como distintivo o marca que da a la persona un lugar social honroso y respetable y tiende a reemplazar a los derivados del nacimiento o la adscripción. El saber se asocia aquí a las buenas maneras, al estilo de vida y de presentación del yo en sociedad y por lo tanto es adorno, indumentaria, manera y estilo asociados a un arte escénico interpersonal y a una retórica de las relaciones humanas. El saber social en tanto ciencia, es con frecuencia asumido como otra forma de gusto y distinción, como arte retórica, más que como praxis orientada a fines instrumentales. En este contexto es fácil que la investigación se pierda de vista y que el objetivo de los participantes se desvíe muy naturalmente a las funciones representacionales del conocimiento.

Todo lo anterior tiene un efecto específico y concreto: el hacer que la relación entre docencias e investigación sufra un vuelco: en vez de que la docencia sea un medio para reproducir ampliamente la investigación, se hace un fin en sí mismo. La universidad es ante todo una universidad docente, de reproducción de saberes trascendentalizados y de retóricas. En este contexto, la investigación no es central a la actividad de los centros superiores, y queda como una especie de "hobby", o de idiosincrasia optativa del catedrático. La investigación del catedrático reviste todavía un sabor a divertimento de horas libres, que el profesor puede emprender si así lo desea y no tiene otra mejor cosa en que ocupar su tiempo, así como los nobles ilustrados del antiguo régimen que gustaban de hacer colecciones botánicas, mineralógicas o de antigüedades arqueológicas.



La academia periférica se considera obligada a consagrarse al estudio de lo particular, idiosincrático, aplicado, utilitario y local

Creo que esto explica, en cierta medida, la masiva debilidad de los esfuerzos por hacer investigación social en las Universidades ecuatorianas. Sin embargo, creo que hay otros factores a tener en cuenta y que son de carácter más estructural. Paso a mencionarlos.

La concepción dominante en el Ecuador sobre las relaciones entre estado, sociedad y universidad, también tiene particularidades que afectaron poderosamente la forma de inserción e institucionalización de las ciencias Sociales en el medio nacional. En primer término, la Universidad no se configura como un espacio académico independiente (al menos idealmente), de la esfera político-estatal. Sobre todo a partir de su constitución laica desde principios de siglo, es común ver a la Universidad como un aparato de estado, o al menos profundamente vinculada al estado. Ella debe ser una fuente de dirigentes y de cuadros para la función pública, y el campo de entrenamiento del liderazgo político-administrativo.

A partir de esta matriz inicial (muy vinculada a la hegemonía del Derecho en sus aulas), es fácil ver como es posible que en generaciones de universitarios, y sobre todo a

partir de los años cincuenta se cristaliza un ethos activista y misionero, volcado hacia la política, y muy pronto, también hacia el servicio de las funciones técnicas que se imputan a la política, entre las cuales ocupa un lugar de fundamental importancia el “sacerdocio del desarrollo”.

El universitario tiende a verse a sí mismo, como un sujeto al que se le ha encomendado la tarea trascendental de guiar a la colectividad en su evolución histórica, como un iluminador y un combatiente del progreso social, sea éste visto desde una perspectiva material o moral. La profundización de estos rasgos lleva fácilmente a que se cree un clima en el cual, la investigación académica clásica, o el desarrollo de una vida intelectual desde su propia dinámica endógena, son posturas éticamente repudiadas. La misión del académico se concibe como fundamentalmente orientada a transformar su mundo y su país, sea en un registro “desarrollista” (el profesional modernizador), sea en un registro revolucionario (el intelectual militante o cuadro jacobino). La búsqueda pura del saber es despreciada como un “lujo” que un país atrasado y pobre, lleno de injusticias y desigualdades, no puede permitirse, y no re-

Los investigadores y académicos ecuatorianos no han podido, ni de lejos, disponer ni de los fondos, ni de la infraestructura, ni de las bibliotecas mínimamente requeridas para hacer Ciencia Social

quiere realmente. La tarea del académico es la aplicación de un programa de acción y un acto de servicio a una causa determinada, así como a los sujetos putativamente protagónicos de dicha causa éticamente imperativa.

Esta actitud al mismo tiempo misional, mesiánica, jacobina, politicocéntrica y extrovertida, terminaba por hacer de las facultades de Ciencias Sociales, una mera "posición" de retaguardia en las luchas políticas, un espacio de formación de militantes y un ámbito dentro de lo estatal. Las luchas que allí se trababan, eran luchas por control de recursos de poder que debían ser eventualmente invertidos en la transformación y en la conquista del mundo circundante.

Asociado a este síndrome, se constata un rasgo ideológico que termina por inhibir y retardar el desarrollo de la vocación investigadora de la Universidad, al menos en el ámbito de las Ciencias Sociales: se trata de una determinada forma de asumir la cuestión del "tercermundismo". De manera más o menos implícita se da una internacionalización en registro académico del imaginario de las relaciones "centro-periferia".

En estas perspectiva, es tarea privativa del "centro" el desarrollo del conocimiento "puro", general, universal y teórico. En cambio que la academia periférica se considera obligada a consagrarse al estudio de lo particular, idiosincrático, aplicado, utilitario y local. De esta forma, se considera que la tarea propia y razonable de un académico ecuatoriano es ser un especialista sobre el Ecuador y en las aplicaciones y especificaciones localmente relevantes de las teorías de pretensión universalista importadas desde los centros reconocidos del saber. Mientras resulta normal que un académico, por ejemplo francés, se consagre a estudios sobre el Lejano Oriente o sobre teoría del conocimiento, se hizo extraño, anómalo y hasta ridículo que un académico ecuatoriano pudiese seriamente consagrarse a dichos temas. Su campo compulsivamente propio, no podía ir más allá de "su" realidad nacional. Por ello mismo, la cuestión teórica decisiva era la opción sobre qué producto teórico debía ser impor-



tado y utilizado para el estudio de estos particularismos de su competencia: la gran teoría o la metodología no eran ni podían ser asunto y jurisdicción de estudiosos tan apremiados por la exigencia perentoria de decir algo relevante a las prácticas políticas y tecnológicas volcadas hacia el hinterland aunpor-civilizar.

A los factores indicados, quisiera agregar otro de tipo más material: se trata del enorme desfase entre las exigencias y cánones de la metodología académica "central" y las condiciones estructurales de la práctica académica en Ecuador.

Me explico: los métodos y técnicas de investigación desarrolladas por las Ciencias Sociales empíricas de los centros originarios

de las Ciencias Sociales, incorporan una serie de supuestos referentes a los costos de la investigación, a la disponibilidad potencial de recursos y a la capacidad de los científicos para movilizarlos. Las técnicas que se desarrollan son, por así decirlo, "capital intensivas". Métodos standard, como la encuesta, el experimento, la observación antropológica, las estadísticas analíticas, etc., son sumamente caros. Incluso la investigación de gabinete,

utilizando fuentes secundarias, y la reflexión teórica, se apoyan y nutren en grandes bancos de datos, en sofisticados sistemas de documentación, en bibliotecas y archivos completísimos, que permiten desarrollar exhaustivos sistemas de referencia y apoyo bibliográfico.

Nada de esto se ha dado, ni parece factible que se dé en el medio nacional. Los investigadores y académicos ecuatorianos no han podido, ni de lejos, disponer ni de los fondos, ni de la infraestructura, ni de las bibliotecas mínimamente requeridas para hacer ciencia social de acuerdo a los cánones metodológicos institucionalizados en su disciplina a lo largo de las décadas. Muchas veces la repugnancia y el desamor por la metodología y por las técnicas standard han sido —en cierta medida— una respuesta adaptativa a posteriori a la extrema dificultad de acceder a los medios que hubiesen hecho posible llevar a cabo ese tipo de ciencia social.

Sin embargo, tampoco ha habido, sino has-

ta muy recientemente, ningún esfuerzo concentrado en preguntarse por la metodología posible bajo fuerte restricción de recursos básicos. En cierta forma esto puede haber estado fomentado por la mencionada internalización del "tercermundismo": la elaboración metodológica era tarea de los "centros", no de las periferias, y por tanto, ni se podía (o quería) asimilar seriamente las inalcanzables técnicas clásicas, ni se debía (o quería) desarrollar otras. El resultado ha sido un refuerzo de la renuncia relativa a la investigación, y un ulterior debilitamiento de la vocación investigativa de los académicos nacionales. Más viable y fácil era pues centrarse en la docencia (que es muy, pero muy barata comparativamente), o en la militancia, o en el servicio público (que puede ser asumida como otra forma de militancia, por lo menos en teoría).

La debilidad del desarrollo del sistema de cátedras a tiempo completo, ha sido otro factor que ha bloqueado el desarrollo de las ciencias sociales desde las universidades ecuatorianas. La investigación académica es una actividad de alta dedicación, pero las universidades se han apoyado y se siguen apoyando de manera predominante en profesores de jornada parcial. Incluso allí donde ha comenzado ha desarrollarse el sistema de jornada completa y/o dedicación exclusiva, ello ocurre de una manera espuria. Las remuneraciones asociadas a los cargos docentes de este tipo, son casi siempre tan menudas e inferiores a lo que los catedráticos pueden obtener en otras actividades, que de hecho, estos últimos no ejercen las funciones propias de una jornada completa. Lo usual es que los profesores tengan otros empleos y actividades, a los que con frecuencia dedican lo mejor de sus esfuerzos.

Las razones de esta incapacidad institucional de las universidades ecuatorianas, son varias: las financieras no deben dejarse a un lado, pero también quisiera señalar el peso que aún parece tener una concepción honoraria de la cátedra: el docente todavía es visto como una persona de quién se espe-

ra una donación graciosa de su saber y tiempo, por entenderse que se trata de alguien que ya ha probado su valor y su competencia fuera de la universidad, y que por tanto tiene medios de vida independientes, o, incluso peor, porque se entiende la actividad académica como el "hobby" prestigioso de personas distinguidas que realizan en la universidad una especie de conscripción cívica, o mecenazgo cultural propio de caballeros letrados y con tiempo disponible. La cátedra sigue, pues, marcada por rezagos de un "ethos" de gentileshombres amateurs. Por desgracia, el desarrollo de las Ciencias Sociales

hoy en día requiere otro tipo de compromiso y dedicación, y cuando, como ocurre con frecuencia, la realidad y el mito del profesor universitario, no coinciden en absoluto, tenemos por resultado el atareado y pluriempleado docente "taxi", que cobra por hora de clase y sale disparado a buscar otros medios de vida más sustanciosos, en otra parte. Este personaje, difícilmente puede desarrollar una docencia de calidad, y menos aún ser portador de una sólida implantación de

la investigación en los claustros universitarios (y además, hasta hace muy poco, debía multiplicarse para asistir a las reuniones de partido y donar su tiempo a las actividades de diferentes tipos de militancia).

EL ESTADO

El segundo espacio de internalización de las Ciencias Sociales en el Ecuador lo constituyen el Estado y las instituciones para-estatales que se desarrollaron y florecieron sobretudo después de 1960. En efecto, a partir de dicha fecha se produce una importante expansión de los aparatos gubernamentales de regulación planificación y gestión de la vida colectiva. Esta expansión se da en el contexto del ascenso (tardío en el caso ecuatoriano), de una determinada forma de lo que se denominó el "Estado Desarrollista". En la lógica de esta forma de lo público, las administraciones estatales deben tomar un papel protagónico en la consecución del ob-

El segundo espacio de internalización de las Ciencias Sociales en el Ecuador lo constituyen el Estado y las instituciones para-estatales que se desarrollaron y florecieron sobretudo después de 1960.

Los científicos sociales debieron ir adquiriendo paulatinamente otra forma de verse a sí mismos: pasar de ser académicos a ser "expertos", de intelectuales de tipo tradicional a técnicos

A partir de fines de la década pasada se hace palpable una creciente dificultad en la articulación de las Ciencias Sociales con la práctica estatal.

jetivo del desarrollo y la modernización social y económica. Este proceso entraña un cierto cambio en la noción tradicional del funcionario público y su transformación, al menos parcial, desde la idea del empleado administrativo a la del experto o tecnócrata encargado de constituirse en el gestor "científico" de los procesos teleológicos de transformación y racionalización colectivas.

Esta evolución resultó bastante fluida considerando las relaciones que ya he mencionado entre universidad, estado y sociedad. La "migración al servicio público tecnocrático se vio facilitada por el hecho de que ella podía ser vista como una natural y fluida derivación de la militancia y del compromiso ético forzoso con el ideal activista y jacobino. Un somero análisis de las biografías de muchos expertos que han hecho carrera estatal, revela sus originales raíces en una carrera político-académica marcada por la búsqueda para

efectuar transformaciones y reformas en la sociedad. Este paso fue especialmente catalizado en los gobiernos militares y en sus inmediatos sucesores civiles, los que con el señuelo de ofrecer un desemboque a las inquietudes prácticas de los científicos sociales, no tuvieron problemas en embarcarlos en estos nuevos espacios estatal desarrollistas, con prescindencia de la naturaleza particular de las ideologías que en cada caso inspiraban a los afectados.

En este nuevo papel, los científicos debían adoptar la personalidad de putativos "ingenieros sociales", lo que han logrado con diferente éxito: mayor en el caso de los economistas, mucho menor en el de los cultores de otras disciplinas. Su función era la de aplicar su conocimiento de leyes sociales al

cumplimiento de los objetivos del desarrollo y el progreso, convirtiéndose en una clase dirigente "universal". Para el caso era indiferente que las justificaciones doctrinales utilizadas fueran de raíz leninista o comptaiana: los científicos sociales se veían a sí mismos como los iluminadores de la práctica social y los encargados de garantizar la eficacia y eficiencia del estado en sus tareas de manipulación de la "arcilla" social en vistas a su transmutación histórica.

Al hacer esta transición, los científicos sociales debieron ir adquiriendo paulatinamente otra forma de verse a sí mismos: pasar de ser académicos a ser "expertos"; de intelectuales de tipo tradicional, a técnicos; y de portadores de valores asociados al conocimiento y a la moral, a implementadores de alguna forma de utilitarismo genérico. Tales modificaciones no podían hacerse sin una fuerte tensión subjetiva y no sin contradicciones sico-sociales importantes. En general, sin embargo, la

máxima ética que priorizaba el "hacer algo" terminaba por facilitar la resolución de cualquier conflicto al respecto.

Pero, esta reinscripción de muchos académicos y profesionales, se ha topado con más de una consecuencia no anticipada: el estado al cual se han trepado los científicos sociales, no era una tabla rasa, lista para ser moldeada sin fricción por estos contingentes de nuevos expertos.

En primer lugar, existían y existen fuertes tradiciones y prácticas institucionalizadas que son por completo ajenas a la ética del científico-experto: la lógica legal-administrativa, en primer término, y la del clientelismo político y su otro rostro: la concepción patrimonial del poder. Frente a estos, representadas en la figura de los fun-



cionarios-abogados y en la de los políticos profesionales, respectivamente, la posición de los nuevos expertos ha tendido a hallarse a menudo seriamente cuestionada. La lógica institucionalizada de las prácticas patrimonialistas y las de la racionalidad administrativa anclada jurídicamente ha puesto un serio freno a las aspiraciones protagónicas de los expertos "científicos", o, más sutilmente aún, ha intentado, no sin éxito, supeditar y distorsionar sus desempeños y rendimientos en aras de su propia reproducción y perpetuación. La fuerza de los hechos, ha logrado con frecuencia que los saberes científicamente legitimados terminaran sirviendo a su vez, de mecanismo de protección y salvaguardia de las lógicas más tradicionales de la acción del estado.

En esta situación, la práctica misma de los científicos sociales en el seno del estado ha terminado por realizar numerosos pactos, acuerdos y transacciones sincréticas con el clientelismo y las rutinas burocráticas "normales", sumándose con frecuencia a sus lógicas y buscando insertarse ventajosamente en ellas.

A partir de fines de la década pasada se hace palpable una creciente dificultad en la articulación de las Ciencias Sociales con la práctica estatal. Quisiera reseñar los factores que parecen estar influyendo en esta crisis, que es a la vez práctica y de sentido.

En primer término, y volviendo a lo ya indicado en los párrafos anteriores, no se ha cumplido la esperanza de que el pensamiento, métodos y técnicas de las Ciencias Sociales pudiesen llegar a desplazar, o por lo menos subordinar a otros modos de operación de la política pública. El actual auge del populismo puede ser visto como un síntoma y un resultado de este bloqueo. Las prácticas propias del hábito político tradicional han recobrado su vigor y es evidente su capacidad para arrinconar a aquellas basadas en las esperanzas del quehacer de "experto". Se ha vuelto evidente que la gestión del poder en el Ecuador se mueve de manera sistemática hacia una órbita por completo distinta y antagonica a los "sueños iluministas de la razón".

En segundo lugar, el derrumbe de las utopías de transformación que habían dado su ethos a la práctica de los intelectuales, ha arrebatado buena parte de su legitimidad y factibilidad al "ethos" militante y jacobino.

En la medida en que la historia parece no ir a ninguna parte, y en todo caso, si va a alguna, lo hace movida por otras fuerzas y poderes fácticos, por completo distintos a los imaginados desde el paradigma de las Ciencias Sociales transformadoras; es evidente que la razón de ser y la autoimagen heroica del cientista social se hace irrisoria y vacua. Esta reafirmación de los procesos automáticos y estructurales le da al experto un lugar de mera administración de lo existente y de lo ya decidido en otra parte. La soñada centralidad del expertise tecnocrático parece disolverse en procesos impersonales que carecen de sujeto, o, si lo tienen, es otro por completo inesperado en el marco de las anticipaciones urdidas por los científicos sociales de los años sesenta y setenta. Así como en el caso anterior, la evidencia y síntoma se localizan en el populismo triunfante, en este segundo aspecto, es la hegemonía de la economía ortodoxa y de la administración empresarial u orientada empresarialmente, la que sirve de indicador palpable a la disolución de las expectativas creadas entorno a determinadas prácticas de las Ciencias Sociales.

En tercer término: la crisis del "estado nacional-desarrollista", desencadenada sobretudo a partir de 1982, ha ido paulatinamente recortando aquellos espacios e instancias donde los científicos sociales podían apostar a aplicar sus destrezas en el manejo de las políticas públicas. Los tecnócratas inspirados en las Ciencias Sociales (exceptuando ciertas vertientes de la economía), acompañan al estado en su retirada y pierden espacios de empleo y protagonismo. Mientras más se achican las competencias de la gestión pública directa, menos cabida resta para el tipo de activismo dirigista de los planificadores sociales, y sus propias competencias sufren una progresiva desvalorización en el mercado profesional y en las jerarquías del status profesional.

Esto tiene por correlato una crisis intelectual, en la cual las técnicas, teorías y métodos de la planificación, tal como habían sido cristalizadas previamente, se ven sometidas a una corrosiva crítica interna y externa y a un progresivo desuso de facto. Por otra parte, ocurre aquí también algo homólogo a lo que señalé en el ámbito académico. Las técnicas y métodos del expertise tecnocrático revelan lentamente el carácter social e históricamente determinado de sus supuestos

Las críticas ambientalistas, feministas, post-modernas y anarco-liberales siembran una creciente duda sobre la viabilidad de seguir sosteniendo como meta incondicionalmente deseable al propio desarrollo, al menos en la forma en que se había planteado desde la revolución industrial

pragmáticos fundacionales: en su mayor parte ellas implican y requieren un cierto tipo de estado, dotado de determinadas capacidades, recursos, cultura y procedimientos rutinarios. Las técnicas de la planificación dirigista se generan en aparatos públicos, grandes, ricos, fuertemente racionalizados, con determinadas capacidades infraestructurales, mentalidad institucional, relaciones con la sociedad, recursos humanos y valores operacionales. La imposibilidad de reproducir en Ecuador esas condiciones, hace extremadamente difícil desarrollar y aplicar el instrumental de gestión de acuerdo a los estándares del dirigismo del estado del bienestar en su versión central.

Por último, y en un plano tal vez más abstracto, el propio mito funcional del progreso y la fundamentación que sobre su base se hacía el sentido último de la acción del experto estatal, comienzan a perder su control sobre el imaginario de los intelectuales aplicados.

Las críticas ambientalistas, feministas, post-modernas y anarco-liberales siembran una creciente duda sobre la viabilidad de seguir sosteniendo como meta incondicionalmente deseable al propio desarrollo, al menos en la forma en que se había planteado desde la revolución industrial a esta parte. Al perderse claridad respecto a los objetivos últimos de la gestión del desarrollo, parece también menos clara la necesidad o utilidad de los servicios o de las prácticas que el dirigismo desarrollista había puesto en escena. No es solo la idea de revolución o transformación radical progresista la que pierde su lugar en el centro del escenario intelectual, sino que incluso, su versión más tibia, comienza a mostrar fisuras y porosidades que introducen la duda tanto en los propios expertos, como en un número creciente de sus clientelas.

Octubre de 1996